Bikini

(*Por Graciela Mochkofsky*) Los argentinos no le perdonarían a Gertrudis semejante atrevimiento. La exhibición de ciertas zonas del cuerpo femenino está reservada, en la costa atlántica local, a ese tipo de mujeres obsesivas de las carnes firmes y los kilos de menos. Ninguna se animaría a pisar la arena de la playa más remota de Pinamar en bikini, si no estuviera segura de que su vientre es chato y liso como una piedra de río. Pero Gertrudis no es argentina, está en un país europeo y, además, qué le importa.

Tiene puesta una bikini celeste, diminuta, con florcitas amarillas. El sol del mediodía está dejando manchas rojas en su piel tan nórdica, tan cubierta durante el resto del año en su ciudad alemana. La bikini cubre apenas los pezones y la pelvis de Gertrudis; el resto de su cuerpo, expuesto al sol, es carne blanda y celulitis, pliegos gruesos sobre el vientre, várices incipientes y vello oscuro.

Gertrudis ha extendido sus piernas sobre la reja que protege la terraza de *Eternity*, un bar como muchos otros en Santorini, la isla griega. Lleva una copa de vino blanco a la boca, moja la lengua en el vino, sin quitar los ojos de la página amarilla del libro que está leyendo. Peter lee también, a su lado, y come pedacitos de queso entre cada sorbo de vino.

El viento es caliente en el verano griego y empieza suavemente a enredar los rulos de Gertrudis. Sopla fuerte de golpe y los dos libros se cierran. Entonces ellos miran más allá de la reja azul y ven la isla del volcán, los barcos en que llegan turistas de otras islas y el abismo hacia el mar más bello que vieron nunca. Después se miran, sorprendidos y felices. Gertrudis acaba el vino y sonríe. Peter la mira como sólo algunos hombres, muy pocos, miran a sus mujeres. La mira: en sus ojos se ve que hay muchas mujeres mejores que Gertrudis pero que ninguna otra tiene su alma, en ninguna otra existe un silencio más hermoso, ninguna es, como ella, tan parecida a un concierto.

Peter se acerca y la besa, mientras pasa sus manos por la espalda, el vientre, la nuca de su mujer. Gertrudis es, ahora, en su bikini celeste, la mujer más bella de Santorini.

Detrás de la engañosa placidez de una excursión de pesca puede apenas esconderse la más devastadora de las tormentas. Diego Fischerman (Buenos Aires, 1955) invita en este relato poblado de silencios –"los pescadores no hablan"– a acompañar a dos hombres que mordieron el definitivo anzuelo de una misma mujer.

No lo sabía en ese momento y, posiblemente, nunca llegara a saberlo, en el caso de que, efectivamente, hubiera algo por saberse.

Sospechaba y la sospecha era, en sí, un saber lo suficientemente opresivo como para eclipsar, incluso, las pocas certezas que tenía y que, en realidad, eran, por otra parte, lo único a qué atenerse.

Sujetaba, mientras tanto, la Toby plateada al mosquetón y probaba, unos segundos más tarde, la tensión de la estrella dejando caer el hilo, libre, sobre el agua marrón, apenas inquietada por la cuchara que, lenta, hendía con un mínimo chasquido su superficie.

El hilo debía caer, a pesar del peso del señuelo, con morosidad extrema. La resistencia del reel tenía que ser tal que, una vez clavado el pez, pudiera éste llevarse el hilo sin cortarlo con su fuerza pero demandándole esto un trabajo capaz de agotarlo para poder, así, ser traído hasta el costado del bote donde Pedro, su amigo, lo recogería con el bichero luego de, aún sin sacarlo del todo de adentro del agua, clavarle el cuchillo en la intersección de la espina dorsal y el cráneo.

El hilo caía a la velocidad adecuada y la cuchara hendía, con un mínimo chasquido, la superficie lenta del agua mientras Pedro, él también, comenzaba con las mismas pruebas después de haber dejado el motor regulando y con la barra del timón sujeta bajo su pierna izquierda.

Cada uno sabía lo que debía hacer y sabía lo que haría el otro. Sólo uno, sin embargo, conocía, o empezaba a conocer, aquello que haría diferente a esa tarde de las que, virtualmente iguales entre sí, se habían sucedido en los años precedentes. Aunque es posible que el otro lo intuyera o, tal vez, supiera una parte, la real, en el caso de que la hubiera y pudiera conocerla, de lo que, de todas maneras, conduciría a que ese abril fuera distinto a los de los últimos siete años en que, buscando siempre un fin de semana en que no lloviera y que no coincidiese con semana santa, habían ido a ese exacto lugar del Paraná a pescar dorado.

No siempre habían pescado o, más bien, no siempre lo que esperaban, o no ambos en la misma cantidad o ejemplares de la misma envergadura. Es posible que él, al fin y al cabo el más entusiasta, fuera más diestro en la elección del momento justo para el clavado. Pedro, en cambio, por algún motivo, había dado siempre muestras de conceder al ritual un poco a regañadientes aunque los dos sabían que jamás hubiera dejado de hacer lo necesario para ejecutarlo. Conseguía, como en otros aspectos de su vida, crear en el otro, en él, en este caso, la sensación de estar actuando levemente forzado, de no poder resistirse a fuerzas que lo superaban. En muchos casos Pedro lograba así preservar cierta imagen de pureza y contar con la eventual disculpa del otro para aquellas ocasiones en que, probablemente con mayor frecuencia que la habitual en otras personas, actuaba en contra de sí mismo o de lo que él creía o intentaba creer y hacer creer a los demás sobre sí mismo.

En apenas unos minutos el bote comenzaría a deslizarse sobre las piedras, sobre esos lugares en que parecía haber manchas de aceite sobre el agua y a los que habían aprendido, ya hacía tiempo, a reconocer como las correderas en las que los ejemplares más grandes de dorado, un animal cazador al fin y al cabo, solían acechar en espera de sus posibles presas aunque víctimas, ellos también, del posible engaño producido por un trozo de metal moviéndose regular, brillando intermitente y velado en la oscuridad de los reflejos solares filtrados por el agua turbia y barrosa; un impostor imitando en forma imperfecta pero, quizá por ello, con mayor poder de atracción que el que podría ejercer la realidad evocada, el lento deambular de un pequeño pez inadvertido y desconocedor del peligro.

Nunca entendería del todo, en todo caso, por qué en lugar de las presas auténticas, con olores y movimientos inequívocamente naturales que, seguramente, se desplazaban sobre las piedras nadando contra la corriente o, quizá, a favor de ella, buscando ellas también su alimento, el dorado elegiría justamente aquella incapaz de satisfacerlo; la que lo conduciría a la muerte.

Por qué preferiría, finalmente, una invención sorprendente, nueva, nunca vista, a su habitual dieta de dientudos, bagres y morenas.

Puede que no fuera capaz, pensaría en algún momento de esa excursión o de alguna de las anteriores, de distinguir entre una y la otra.

Puede que fuera el azar, pensaría entonces, el que determinara que la atracción o el mero movimiento instintivo lo condujeran a saciar su apetito o hacia la ineludible perdición.

El señuelo haría un sonido, un pequeño chasquido que desplazaría, en casi imperceptibles ondas, el agua lenta.

Habría también un sonido en el momento en que el pez lo mordiera. No sería, propiamente, el sonido del pez, no todavía, sino el del hilo que, con la resistencia de la estrella, haría sonar la chicharra y comenzaría a salir a una velocidad que parecería inusitada para todo aquel que lo hubiera visto caer un rato antes, libre y a la vez lento, cuando ambos probaban la tensión y las cucharas caían con un chasquido sobre el agua.

No había, en cambio, en ese momento, otro ruido que el del motor que, seguramente, tapaba otros como el golpear del agua en el piso sin quilla del bote, sentido más como una vibración bajo sus pies, el canto de algunos pájaros y, con certeza, la brisa silbando en un susurro entre las hojas de los árboles del chaco paraguayo, frente a cuya costa se movían en ese instante, o los ruidos atenuados por la distancia de la soled en la ribera correntina que iban dejando a s espaldas.

Angélica lo había despedido, el día anteri aunque pareciera, o le pareciera, que eso hab sucedido hacía una eternidad, con muestras afecto y hasta una aproximación a la pasión a lo que él podía recordar de ella, bastante ine perada aun sin tener en cuenta sus sospech no en ese momento en que, si bien lo que las determinaría ya había pasado mucho antes, él no repararía en ello hast después.





POMINI

No recordaba el momento en que se habí enamorado de ella. No sabía, ni siquiera, aun que es posible que en algún momento lo hubiera sabido, si ese momento había existido com tal o se había tratado, más bien, de una progre sión sin un punto de comienzo definido; com si hubiera llegado con la película ya empezada, o mejor, como en esos discos en que l música va subiendo paulatinamente de intensidad, desde la nada, primero inaudibl hasta que, cuando el oído la percibe ya es en todo caso, demasiado tarde.

Tenía presente, no obstante, el brillo húmedo en la mirada de sus ojos casi transparentes, sentada enfrente suyo en un bar cercano a la facultad, unos meses, o unos días antes de que, apoyados en la reja del balcón de un departamento donde alguien había organizado una fiesta o una reunión, ella le había tomado la cabeza entre las manos y lo había besado. Primero apoyando apenas los labios sobre los suyos y luego, separándose unos centímetros para observarlo, mirándolo fijamente a los ojos, volviendo a hacerlo pero esta vez introduciéndole la lengua con movimientos rápidos, profundos, breves y circulares, recorriendo con ella, también, el contorno de sus dientes y encías y, más tarde, el de la boca, lamiéndolo con detenimiento sobre los labios y bajo la barbilla.

–Quiero dormir con vos pero no quiero que me toques –le había dicho entonces, o un rat después, cuando entraban al ascensor que los conduciría al piso dieciséis donde él vivía.

Mirando la noche a través del ventanal cubrir, como un oleaje, los barrios de casas bajas que prolongaban la ciudad hacia el sudoeste y

Los cuentos del Pescador

Por Diego Fischerman



con la presencia espesa de la distancia, mínima pero infranqueable, que ella había construido, Angélica, en silencio, cada tanto estiraba la mano derecha y le rozaba la punta de los dedos o el borde de las pestañas.

El esperaría verla dormida, desnuda y envuelta a medias por las sábanas, con las rodillas casi tocando su pecho, y se quedaría durante largo rato con los ojos abiertos, fijos en ninguna parte como ahora, en que sentado a babor del "Ventura", el bote que se desplazaba lento, con el chasquido del agua por debajo, volvía a sentir la misma desazón. A descubrir la proximidad desvaneciéndose en la distancia como si una no fuera otra cosa que la continuación inevitable de la otra; la inasibilidad como cara oculta de la posesión, el miedo y el abismo como siempre inseparables del deseo.

El a babor y Pedro a estribor habían dejado caer una Toby plateada cada uno. Por apenas unos instantes, hasta que el "Ventura", dejándolas atrás, se había alejado corriente arriba, habían brillando oscilantes a los costados del bote en tanto se hundían unos centímetros. No se desplazarían, no todavía, hasta que, unos metros más adelante, ambos trabaran el reel para así arrastrarlas, remedando torpemente a peces, a través del agua barrosa en que el brillo sería, tan sólo, una intermitencia velada.

La tensión de la estrella del reel, ese artefacto destinado a crear en la presa una mala imitación de la libertad, a dejarla correr, como si escapara y el hilo no la sujetara con un anzuelo clavado en su mandíbula, aunque más lenta, con mayor dificultad y, finalmente, prisionera, sería de suma importancia para que el nylon, cuya sección superaba mínimamente el tercio de milímetro, no se cortara.

El hilo nunca debía ser tan grueso como para evitar su rotura y el hecho de tener como terminal una tanza de acero a la que iba prendido, con un mosquetón, el señuelo, aumentaba las chances del animal por el solo hecho de disminuir las de quien intentaba capturarlo.

El aparejo, sin embargo, en el caso de que era el pez el que ilusoriamente venciera, se cortaría como siempre por lo más delgado, condenando a la presa triunfante a arrastrar un trozo de cable acerado y a tener hincado en su paladar un incomprensible pedazo de metal hasta el cercano fin de sus días, debido a la imposibilidad, en esa condición, de alimentarse o, más sencillamente, de conservar el equilibrio en el nado y poder desplazarse de acuerdo con su voluntad o su instinto.

Si en la pesca con redes, fueran éstas trasmallos, de arrastre o nasas de junco, el éxito del pescador dependía de la perfección de la trama, con el uso de señuelo el poder radicaba en lo convincente de la ilusión y en la capacidad para mantenerla aún después de que hubiera obrado el sortilegio del engaño. Lo más difícil no era conseguir que un cazador como el dorado, por decisión o mera víctima de la misma condición de predador infalible que permitía su subsistencia, mordiera el señuelo, una de las dos Toby plateadas que, a babor y a estribor del "Ventura" aunque muy lejos detrás de su popa, se deslizaban oscilantes, tan cerca de la lenta superficie del agua, sino que, en el duelo de fuerza y destreza que, a partir de ese momento, se entablaría, el hilo no llegara a romperse.

El momento del pique era apenas el principio y ambos lo sabían. Sólo uno, en cambio, desconocía la verdad, en el caso de que la hubiera, de la relación del otro con Angélica y sólo uno empezaba a vislumbrar la posibilidad de algo que sería, según el caso, una arbitrariedad o una venganza pero que, de todas maneras, alcanzaría para convertir a esa tarde en única e irrepetible.

Pensaban pescar, como siempre, hasta el atardecer; hasta que comenzaran a picar las pirañas, indicando que los dorados habían dejado de comer o habían optado por hacerlo en otras partes del río.

Al bajar el sol, además, se tornaba sumamente dificultosa cualquier maniobra, sobre todo si involucraba controlar, con medio torso afuera del bote, un cuerpo resbaladizo que, con frecuencia, superaba los diez kilos de peso, debatiéndose convulso por retornar al agua.

El no había decidido todavía, y mal podía por lo tanto preocuparse Pedro por ello en ese momento, proponer que ese día prolongaran la excursión hasta la noche. Aún sin seguridades de ningún tipo lo que iba ganándolo, en cambio, era una progresiva e inarticulada sospecha. Interpretaba entonces el silencio del otro como producido por el suyo propio. En efecto, si algo ocultaba, Pedro estaría cada vez más nervioso a raíz del simple hecho de que nada se mencionara. No hablar de Angélica, que no hubiera sido nombrada más que un par de veces, y eso cuando recién habían salido de Buenos Aires, dejando abajo el aeroparque y, luego, el intrincado dibujo del delta, envueltos en la niebla, parecía tan significativo como si no hubieran dejado de hablar de ella.

Lo cierto, sin embargo, era que en las excursiones de pesca rara vez hablaban y, cuando lo hacían, era para sugerir un rumbo de navegación o, por supuesto, para comentar y comparar las piezas cobradas.

Los pescadores no hablan, sabían o creían saber y, aunque el origen de la creencia pudiera deberse tanto a causas reales como a la irreflexiva reiteración de una mitología probablemente útil en tiempos de pesca con lanza o arpón, creían, o les convenía hacer que creían, en su infalibilidad.

Los animales que, por su tamaño insuficiente, debieran ser devueltos al agua, desaparecerían con rapidez en la veloz corriente, por debajo de la superficie quieta.

El "Ventura" se movería río arriba y ahora, tan sólo cinco minutos después de que comenzara a navegar, con el sol todavía en lo alto de un cielo surcado, sobre la línea del horizonte, por unas tenues y solitarias nubes blanquecinas, y la brisa embolsando con suavidad la camisa alrededor de su espalda, la primera advertencia de la chicharra de la estrella y la inclinación, fuerte pero fugaz, en el extremo de una de las cañas, la suya, habían llegado.

No hubiera podido explicar, ni en ese momento ni más tarde, aunque quizás jamás lo intentara a pesar de su afán por las justificaciones racionales, por qué, siempre, antes del primer pique efectivo había otros, fallidos, que lo prenunciaban.

Es posible que esto se debiera a que, al principio, todavía sin la concentración que lograrían al cabo de unas horas, las señales les causaran una especie de desconcierto al que, invariablemente, respondían a destiempo. También era probable que los primeros en intentar morder esa difícil y enigmática presa fueran los más jóvenes e imprudentes del cardumen, incapaces, por otra parte, de abarcar con sus mandíbulas el desmesurado anzuelo y forzados, por lo tanto, al inocuo ejercicio de arrastrarlo un par de metros. Los especímenes más grandes, podría haber pensado, en ese instante o en otro, alguno de los dos, por algo llegaban a ese tamaño.

Fueron unos segundos en que el contraste entre la lenta superficie del agua y la velocidad de salida del hilo, que podía intuirse a partir de la intensidad del sonido de la chicharra, se adueñó del paisaje. Un instante al cabo del cual el monótono ruido del motor amortiguando la sombra de unas voces proveniente de alguna de las orillas o de otro de los botes con los que, en algún momento, se habían cruzado, volvió a ser la única presencia perceptible, además de una bandada de biguás que sobrevolaba la costa y el golpetear parejo del agua por debajo y alrededor del bote, sentido en los pies como una vibración muda, constante y, a la larga, inidentificable a causa de su misma persistencia.

El sol brillaba, errático, en cada una de las pequeñas ondulaciones que la brisa y la corriente intensa producían en la engañosamente quieta superficie y, cuando al dejar vagar su vista de una orilla a la otra, ambas ya lejos, encontró con sus ojos los de Pedro, por un segundo, se reflejó en sus pupilas el reflejo de la luz en el agua.

La turbación lo llevó a esbozar una sonrisa y no tuvo tiempo de decir nada. No sabía qué es lo que hubiera dicho y después ya sería inútil pero la historia podría haber sido otra si en ese momento no hubiera sonado nuevamente la chicharra, primero como un susurro y, luego de un silencio en el que el olor pringoso del río, impregnado del de la vegetación distante, llegó junto con la brisa, como una serie de zumbidos cada vez más fuertes y prolongados.

Uno, dos, tres tirones; de golpe el metro ochenta de la caña trazando un arco y la chicharra sonando enloquecida mientras el hilo se escapaba del reel y él ajustaba la estrella, sólo un poco, lo necesario para ofrecer un grado de resistencia mayor y posibilitar el clavado.

Levantar la caña, sujetarla con las dos manos y con fuerza, con una fuerza mucho mayor que la que cualquiera podría inferir a partir de su aparentemente frágil contextura, tirar; tirar hacia atrás y hacia arriba, en dirección contraria a la que llevaba el hilo desbocado, hasta sentir que el pez ya no se escaparía.

En ese instante, cuando a lo lejos una mancha dorada reflejando intermitente, como un inmenso cristal, el sol de la tarde, por unos segundos se elevó en el aire para caer, con un chasquido, en el agua rápida y barrosa, continuando su inútil carrera, cada vez más corta, más lenta y más cercana al bote, por primera vez supo lo que haría y supo que podría hacerlo.

–No es un mal día para quedarse pescando hasta tarde –dijo entonces, interrumpiendo el ruido blanco de sus pensamientos, Pedro, el otro, mientras el hilo corría aguas adentro.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.



Resumen: Pirovano –ex arquero, representante de jugadores y quién sabe qué más– decide ayudar a los luchadores de la troupe Gigantes en la Lona, amenazados y agredidos, incorporándose al grupo en lugar de Paredón, un ambiguo tránsfuga. También colabora Etchenique; el veterano detective cree que Ibrahim tiene algo que ver, Dolores, su hija, y su amante Bárbara complican a Pirovano...

7 PAREDON Y ANTES

Había media docena de llamadas en el contestador. Mientras las escuchaba a todo volumen puse otra vez en marcha la pateadora y traté de mejorar mi performance anterior. Aunque cansado por el trote y los cinco pisos que me impongo de escalera, suelo estar más rápido de reflejos a la vuelta: el 23 no llegó a satisfacerme. Sólo saqué una arriba y otra a la derecha; las tres de la zurda entraron. Las pelotas quedaron rebotando por los rincones del loft.

El licenciado Zapata confirmaba la reunión del sábado a mediodía en su consultorio; Bárbara quería que la llamara; el Roperito me daba la dirección del gimnasio donde aprendería a caer sin golpearme; Bárbara me quería, a secas; Mopi me avisaba que había llegado a la oficina un fax de Alemania que no entendía y, finalmente, un anónimo hijo de puta murmuraba, en plural, que se iban a coger a Dolores y "te la vamos a reventar", decía exactamente.

Fui corriendo a la pieza. Mi hija todavía no había regresado del examen. Pegué un par de pelotazos furiosos contra la pared y rebobiné los mensajes. Copié la cinta y la guardé.

Sonó el teléfono otra vez, Atendí: una voz de mujer.

–¿Dolores?

–No, Bárbara...

–Ah... –no pude evitar la decepción.

Bárbara estaba preocupada por el encuentro de la noche anterior con Zambrano y Segura:

–No te vieron, tranquila –mentí sin dudar–. Pero no podemos seguir así...

Era más fácil argumentar si no la tenía cerca; pareció convencida.

–Veámosnos esta noche, aunque sea la última vez –dijo después de una pausa bien de bolero–. Sebastián juega hoy y no vuelve hasta la una.

–Y yo voy a ir a la cancha –dije.

Colgué sin esperar respuesta.

Intenté localizar a Dolores pero no estaba ya en el colegio, no había ido a casa de su madre ni hablado con Mopi. Sonó el teléfono mil veces más pero nunca era ella. A mediodía le dejé un mensaje en la puerta de su cuarto y me fui caminando a la oficina.

Antes de entrar descubrí la puerta entreabierta de la oficina de Etchenique. Instintivamente comprobé que el arma estaba en su lugar y me arrimé a investigar. Asomé la cabeza, la puerta gimió apenas.

–Pase... –me dijo el veterano de espaldas, desde el otro lado del tabique que separaba la oficina propiamente dicha del breve espacio donde estaban la que había sido su cama (el elástico desnudo, en realidad) y las combadas bibliotecas saturadas de libros–. Pase, señora.

–Buen día, soy Pirovano...

Se volvió. Del parche de la noche anterior sólo quedaba una curita sutil sobre la ceja. Tenía el traje oscuro lleno de polvo y dos carpetas en la mano. Las levantó sonriendo, como si quisiera justificar su presencia:

–Hola. Esperaba a la señora de la limpieza... –dijo–. Aproveché para buscar algunas cosas en el archivo... Fíjese.

Y me las tiró por el aire.

Abarajé como pude los mamotretos y leí los rótulos que alguna vez había dibujado con letra pretendidamente gótica el malogrado gallego Tony García: "Pandolfi, Norberto y otros" y "Paredes, Juan". Revisé la segunda. Una ficha típica de prisión y una serie de recortes de la sección policiales de mediados de los setenta agotaban el escuálido prontuario del hombre que yo sustituiría en los Gigantes. No había fotos de cuerpo entero.

–Paredón tiene su historia –dije yendo hacia él.

La oficina parecía una maltratada sala del museo de la serie negra: el escritorio de madera, los archivos, el perchero que conservaba aún el amarillento piloto tal cual había caído la última vez y hasta el viejo ventilador de pie que ya no ventilaba nada. Las cortinas amenazaban desprenderse en hilachas, movidas por la leve brisa, y en las paredes había marcas de olvidados disparos cubiertos por telas de araña.

–No bien lo mencionaron anoche los amigos luchadores me acordé de esta basura... –dijo excesivamente el veterano y se dejó caer en el sillón giratorio como quien recupera naturalmente un trono–. Lo confirmé con lo que me contó Quasimodo, que lo conoció en esa época. Ahí, en esa carpeta vieja, aparece en raterías, y sobre todo en causas por lesiones y tenencia de armas de guerra. Siempre le gustó la acción, era de gatillo rápido y muy fogoso de palabra. De ahí lo de Paredón, que le viene de la época en que los milicos le borraron ese mismo prontuario cuando se sumó a los grupos de la represión clandestina.

–¿Y este Pandolfi? –dije poniendo la otra carpeta sobre el escritorio.

Me contestó con el gesto de que la abriera, que viera por mí mismo.

Lo hice.

Bigote más o menos, kilos excesivos o corte de pelo, este Norberto Pandolfi no era otro que el mismo Paredón pocos años después.

Etchenique levantó las cejas, sonriente:

–Acá es donde aparece Ibrahim... –dijo.

En ese momento a mis espaldas sucedió algo porque el veterano se quedó suspenso con la mirada fija. Me volví.

Era Mopi, que me había oído desde la oficina y venía a buscarme. Tenía papeles en la mano.

–Pedro, acaba de llegarte un fax... –dijo sin levantar la voz.

–¿El de Alemania?

–No, otro; de acá. Fijate, qué raro... –y me lo extendió.

Era un dibujo, sólo un dibujo: el mismo terrible dragón que llevaba tatuado Dolores en su antebrazo.

Mañana: 8. Agujas.

Juegos

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES

1. Argüir.
2. Velón.
3. Rumores.
4. Ag.
5. Balada.
6. Rasa.

VERTICALES

1. Arenga.
2. Callo.
3. Veo./ Ad.
4. Gastes.
5. La./Ab.
6. Atar.

	1	2	3	4	5	6
1						
2						■
3					■	
4			■		■	
5						
6		■				

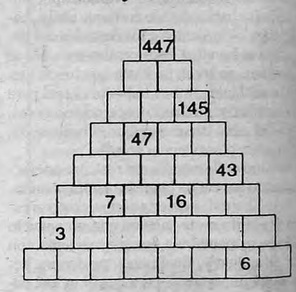
ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

A	B
LUNA	VELO
FASE	CARA

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.



CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Premios

1. Oscar — **A.** Teatro
2. Tony — **B.** Cine
3. Emmy — **C.** Televisión
4. Grammy — **D.** Música

Deportistas

1. Nikki Lauda — **A.** Tenis
2. Cassius Clay — **B.** Boxeo
3. Magic Johnson — **C.** Automovilismo
4. Bjorn Borg — **D.** Basquetbol

Filosofía

1. "Crítica de la Razón Pura" — **A.** R. Descartes
2. "Así hablaba Zaratustra" — **B.** M. Heidegger
3. "Discurso del Método" — **C.** F. Nietzsche
4. "Ser y Tiempo" — **D.** E. Kant

Qué es

1. Acre — **A.** Unidad de superficie
2. Añil — **B.** Instrumento musical
3. Oboe — **C.** Piedra preciosa
4. Opalo — **D.** Color

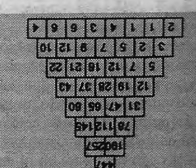
Soluciones

¿Anagrama o sinónimo?

A	L	E	G	A	R
N	O	V	E	L	■
E	C	O	S	■	L
G	A	■	T	■	I
A	L	D	A	B	A
R	■	A	S	A	R

Escaleras

A. Luna, luna, pana, pasa, pase, fase. B. Velo, celo, calo, caro, cara.



Correspondencias

Premios: 1-B, 2-A, 3-C, 4-D. Filosofía: 1-D, 2-C, 3-A, 4-B. Deportistas: 1-C, 2-B, 3-D, 4-A. Qué es: 1-A, 2-D, 3-B, 4-C.